

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



Cualidades propias del rol del psicólogo y la inteligencia artificial

Ignacio Barreira

Inteligencia humana vs. artificial

La búsqueda por dar con los nombres de la época se ha convertido en el ejercicio de una práctica: el del ensayo del diagnóstico del presente en tiempo presente, disciplina que continúa apostando al intento de proponer términos que permitan sintetizar el *zeitgeist*, encontrar los sintagmas claves que representen lo esencial de lo actual. Se trata de una disciplina que, parafraseando a Saussure (2012), intenta establecer la inmutabilidad y mutabilidad de los signos de los tiempos. Resistencia al cambio, temor a lo desconocido o advertencia sobre implicancias inadvertidas, esta tarea suele teñir de temor y preocupación a nuestros intelectuales. ¿Dónde ubicar el límite de la precaución al pensamiento catastrófico? ¿Cómo pensar sin exagerar?

La tecnología es parte de lo cotidiano, protagonizando fuertemente nuestras vidas. En el siglo XX nacieron el televisor, la computadora, internet y las redes sociales. En los últimos años, el ChatGPT dio un paso adelante hacia el proyecto transhumanista, abriendo seriamente el planteo de las articulaciones y conflictos entre lo humano y la tecnología: el futuro del trabajo, la empleabilidad, la desocupación, la condición prescindente de los humanos como recursos productivos en un mercado cambiante, etc.; yendo más lejos aún, el futuro de la humanidad. Aunque estos temas son parte de una agenda que viene avisando desde hace varios años, el ChatGPT deja en ridículo al ser humano por la notable diferencia en la capacidad y velocidad de procesamiento de información. El debate sobre la degradación de lo humano, en tanto se concibe a las personas como recursos productivos que van quedando obsoletos, alimenta todo tipo de preocupaciones en relación al descarte del *homo faber* como eslabón de la cadena productiva. Los temores de considerar al humano prescindible cobran forma de diferentes maneras; en principio alimentando todo tipo de pensamientos, teorías —algunas catastróficas— sobre la decadencia como destino, el fin de lo humano, etc. Se trate de una vertiente de exploración necesaria que merece ser atendida al margen del dramatismo que la alimenta. Otras vertientes se orientan a la comparación entre el ser humano y la inteligencia artificial en términos de qué elementos característicos y distintivos son propios e impropios, en función de entender qué tipo de trabajos/ocupaciones efectivamente podrían concretar tales profecías. Estableciendo

una comparación entre las características de la inteligencia humana y la artificial podemos establecer las posibilidades que esta última podría tener para constituirse en un recurso para la psicoterapia, auxiliar o sustancial.

Partiendo del supuesto de que la inteligencia humana es propia de un ser vivo mientras que la inteligencia artificial no lo es, el filósofo alemán Markus Gabriel estableció un criterio diferencial para preguntar sobre el tipo de capacidades de una y otra: “¿Es posible que algo que no tiene base biológica tenga la capacidad de pensar? ¿Pueden los ordenadores, las almas inmortales (en caso de que, contra todo pronóstico, estas existan) y Dios pensar, después de todo?” (Gabriel, 2019, p. 223). Lo que Gabriel indica aquí es que la capacidad de pensar se define, no exclusivamente desde el procesamiento de información, sino desde las condiciones existenciales que el ser vivo desarrolla por su propia condición de ser vivo en-el-mundo, ni las máquinas ni Dios tienen la realidad de un ser humano; es decir, no tienen mundo. En este sentido, Eric Sadin (2020), afirma que sostener el principio de una inteligencia computacional se encuentra modelada sobre la humana es erróneo, porque una y otra no mantienen casi ninguna relación de similitud. Esencialmente la inteligencia artificial está desprovista de cuerpo, se trata de máquinas de cálculos cuya función se limita al tratamiento de flujos informacionales abstractos, además de que se trata de un procesador cerrado en su propia lógica, como si funcionara dentro de una burbuja, en oposición a la aprehensión multisensorial de lo real propia de lo humano (Sadin, 2020, pp. 35-36, 43). En este sentido la inteligencia artificial no existe, no es capaz de tener mundo.

Otro filósofo alemán, Wolfram Eilenberger, refirió que los chatbots son máquinas antisocráticas, en el sentido de que Sócrates parte de preguntas, mientras que los chatbots solo son capaces de dar respuestas, lo que implica que tampoco pueden preguntarse qué saben y qué no (Eilenberger, 2023). Lo que puede hacer un chatbot es ofrecer una respuesta y, eventualmente identificar –sobre la base de su programación– que no puede dar respuestas que excedan su programación, lo que el ser humano entiende como “aceptar limitaciones”. También puede retener información y contar con ésta como *background* para un uso futuro, lo que para los seres humanos es “aprendizaje”.

¿Es posible que la inteligencia artificial acepte limitaciones y aprenda? En algún sentido parece que sí: ejecuta procedimientos que desde un punto de vista práctico pueden ser reconocidos funcionalmente como aceptación de límites y aprendizaje. Pero otro sentido no: lo que efectivamente hace es ejecutar una serie de procesos que se inician a partir de una orden, y la procesan de acuerdo con una programación preestablecida cuyo efecto práctico es un resultado. Ahora bien, de lo que se trata efectivamente no es el producto de un acto deliberado, sino una respuesta que el dispositivo ejecuta sobre la base de una orden en función de las posibilidades que permite su programación. En definitiva, una máquina ni acepta

limitaciones, ni aprende; puede ejecutar órdenes asertivamente o identificar que no puede dar curso a la consigna solicitada en función de su programación preestablecida. También es capaz de retener información para futuras interacciones; es decir, imitar ciertos (algunos, no todos) procesos mentales humanos específicos con un rendimiento superior al del ser humano, aunque siempre bajo el mando de otro.

Supongamos ahora que las máquinas efectivamente fueran capaces de aprender, digamos que sí. ¿Esto las hace inteligentes? La apuesta por el desarrollo de una inteligencia artificial generativa apunta a que las máquinas puedan complejizar su rendimiento, para ganar en precisión y asertividad en función de lo que se les solicita. Gran parte de la generatividad está en cómo el ser humano la alimenta para que esta retroalimente y afine su asertividad. Las hace más eficientes, pero no más inteligentes. Llama la atención que el ser humano se empeñe en avanzar en la búsqueda de diseños para que la inteligencia artificial pueda autoorganizarse, tener recursividad y desarrollar funciones que se asemejen cada vez más a aspectos humanos mejorados, potenciados.

Siguiendo estas líneas, podemos continuar con una serie de consideraciones en torno a las relaciones de similitud y diferencia entre las máquinas y los humanos. Al día de hoy, podemos afirmar que las máquinas no tienen la capacidad de sentir ni desear, aunque sí de ejecutar órdenes e interpretar rudimentariamente al ser humano. Las máquinas no sufren, tampoco se apasionan, proceden a cumplir sus órdenes. No padecen de privaciones —por ejemplo, no tienen hambre, como así tampoco el gozo de la saciedad—, en cambio, las máquinas reciben energía de su fuente, una batería. No recuerdan, almacenan información. No tienen sueño ni se duermen, tampoco sueñan, encuentran su límite cuando se termina de descargar la batería. No tienen necesidad de ir al baño, no orinan, no padecen meteorismo, tampoco defecan. En definitiva, no viven, no mueren, funcionan y dejan de funcionar. En este sentido, las diferencias que parecen tan claras y evidentes se alternan con antropomorfismos en los que se confunde a la herramienta, una serie acotada de funciones potentes, con un “humano superior”. Tomando en cuenta esta última expresión, debe advertirse que el lugar del ideal relega al humano que podría ser desplazado por una máquina que fuera más eficiente (no en términos aristotélicos como el que hemos referido de causa eficiente, sino de relación costo beneficio), que puede más y mejor: porque procesa más rápido, porque puede realizar varias tareas de manera en simultáneo (*multitasking*), lo que lleva a muchos a pensar cuál será el próximo paso que remarque esta jerarquía. Y es allí donde la imaginación juega con las profecías, tensionando a que el ser humano incremente su productividad, pueda hacer más cosas al mismo tiempo, sea víctima por mimesis de su herramienta, jactarse de que también puede ser *multitasking* al precio de quedar

sepultado en una montaña de compromisos: si una máquina puede, ¿por qué su creador no?

En la *Tabla 1* se presenta una breve sistematización sobre cómo caracterizar ciertos ejes comparativos que nos indican hoy algunas coordenadas comparativas según diferentes dimensiones: ontológica, biológica, onto-gnoseológica, onto-ecológica, óntico-ontológica, emocional-afectiva, gnoseológica, mental, mnémica, reflexiva, volitiva, ambición, aprendizaje y captación de sentido. Es posible y seguramente acertado considerar que las máquinas puedan ejecutar o tal vez lograr gestos humanos, pero lograr cierta mimesis, ¿es humanizar? De la misma manera en que el ser humano se mimetice con las máquinas, ¿lo hace más inteligente?

Tabla 1

Comparativa entre características del ser humano y la inteligencia artificial

| Dimensión | Ser humano | Inteligencia artificial |
|----------------------|--|---|
| Ontológica | Ser existencial e insistencial, tiene mundo | Ser instrumental, no tiene mundo |
| Biológica | Es un ser vivo | No es un ser vivo, es inerte |
| Onto-gnoseológica | Tiene intencionalidad, no puede elegir no tenerla | No tiene intencionalidad, responde órdenes, activa a raíz de otro |
| Onto-ecológica | Puede tener un mundo | No puede tener un mundo |
| Óntico-ontológica | Es en el mundo (<i>Dasein</i>), puede existir e insistir | Es dado (<i>Es gibt</i>), no puede existir ni insistir |
| Emocional-afectiva | Sueña, desea, se apasiona, se equivoca, comete errores | No sueña, no desea, no se apasiona, no se equivoca, comete errores acuerdo a su programación |
| Gnoseológica | Ser simbólico | Ser un procesador de información |
| Mental | Además de tener conciencia y preconiente, tiene inconsciente | Es un procesador de información, supera ampliamente algunas capacidades humanas. No tiene inconsciente |
| Mnémica | Selecciona de acuerdo a la historia, la subjetividad y el contexto: la memoria transforma, olvida, evoca | Es capaz de almacenar todo lo que su capacidad permita sin alterar la información original: puede producir combinando los datos guardados |
| Reflexiva | Se puede preguntar, es capaz de saber que no sabe | No se puede preguntar, solo responde. No es capaz de saber que no sabe. |
| Volitiva | Puede operar o dejar de operar de manera autónoma; puede tener (o no), iniciativa propia | Opera de acuerdo con órdenes que le da otro, ejecuta; no tiene iniciativa propia excepto que sea parte del programa |
| Ambición | Puede ambicionar el control del otro | No puede ambicionar, puede ejecutar las órdenes humanas |
| Aprendizaje | Aprehensión multisensorial de la realidad y reflexión | Por interacción (input) y recursividad |
| Captación de sentido | Funciona en base a la sintaxis: codifica y decodifica | Funciona en base a la semántica y la pragmática: precibe, apercibe e interpreta |

Fuente: Elaboración propia

¿Avances tecnológicos, agendas científicas y/o futurología?

La búsqueda y la apuesta al desarrollo de la inteligencia artificial hacia la generatividad no cesa, crece de manera exponencial y encuentra resultados.

Investigadores relevantes aseguran que en el futuro se llegará a diseñar una superinteligencia artificial (Sadin, 2020; Bennet, 2024), lo que nos lleva a preguntarnos por las motivaciones que sostienen esta revolución tecnológica. La búsqueda incesante por desarrollar tecnología que abarate costos ha llegado a que nuestros científicos consideren que “la inteligencia artificial es capaz de reemplazar al ser humano” (Pacheco Martínez, 2021, p. 33). En la misma dirección, Miguel Bensayag y Ariel Pennisi (2023) discuten las ideas de Raymond Kurzweil, de quién rescatan el término “singularidad tecnológica” para indicar que se trata del epicentro del transhumanismo, “una época por venir caracterizada por la fusión definitiva de lo humano y la tecnología, bajo la hegemonía de la segunda” (Bensayag y Pennisi, 2023, p. 113). Más allá del transhumanismo, están quienes conciben un poshumanismo, consistente en la consumación de los proyectos transhumanistas, y que daría como resultante la superación de las limitaciones intelectuales y físicas del ser humano mediante el control tecnológico de su propia evolución. Este destino desembocaría en un estado existencial fiscalista en el que ya se dominaría la trascendencia natural de la humanidad. El problema del poshumanismo es que, al día de hoy, lejos de ser una realidad, parece más un proyecto o una profecía, un horizonte que puede ser parte de una búsqueda, una idea que amerita su propio debate bioético en el que la filosofía tiene mucha tarea por hacer. El único modo en el que el poshumanismo existe hoy es en las novelas y cuentos de ciencia ficción, o en diversas consideraciones futuroológicas; el debate de hoy es el de la ciencia y la bioética (Rivero Weber, 2021). Así y todo, el camino iniciado a lo que es la creación de la vida humana, más allá de la clonación, ya está planteado (Ball, 2020).

Llegado este punto, debemos desligar dos cuestiones que se superponen: por un lado, lo que es posible que pueda suceder; por otro lado, el pensamiento catastrófico. Debemos evitar la confusión de las agendas de trabajo de investigadores y científicos con las profecías que son efecto del temor. No se trata de negar ni afirmar que la inteligencia artificial vaya o no vaya a ser capaz de reemplazar al ser humano, sino que no resulta sensato dar por cierto algo tan incierto. Resulta válido como pregunta, lo que nos debería llegar por la senda de la reflexión, no resulta válido como afirmación, porque no hay nada que hoy en día indique que esto pudiera suceder. Este tipo de premoniciones se han reiterado con múltiples cuestiones a lo largo de la historia. Un ejemplo entre tantos otros es lo que viene ocurriendo con el disco en vinilo y el disco compacto o compact disc (CD). Se decía en la década del 90 que el CD iba a hacer desaparecer al vinilo, porque se consideraba que los diseños digitales suponían un avance según el cual lo digitalizado superaba tecnológicamente a lo analógico: más pequeño, más compacto, más fácil de llevar, con tecnología digital que permitía muchas mayores facilidades para la reproducción de la música o información que estuviera almacenada allí. Sin embargo, hoy la calidad del sonido del vinilo es considerada

superior a la del CD, cuestión que aprecia en un indicador indiscutible: el valor de mercado de una misma obra que es ofertada en un formato u otro. No siempre los vaticinios se cumplen, de la misma manera que tampoco los proyectos de investigación corroboran sus hipótesis iniciales de trabajo. La relación del ser humano con sus creencias y expectativas exceden el marco de la ciencia, aunque subyacen a su actividad bajo la forma de motivaciones y relevancias.

Proyección de la inteligencia artificial y el ser humano

La relación entre el ser humano y sus artificios existe desde los inicios de los tiempos. Los sucesivos cambios culturales sucedieron a grandes inventos como la rueda, el papel, la pólvora, la imprenta, la electricidad, el ferrocarril, el automóvil, el avión, el teléfono, la computadora, internet, etc. La inteligencia artificial parece haber llegado para quedarse en nuestras vidas, resta establecer qué viene a sumar, asunto que recién empieza a entreverse. Max Bennet (2024), refiere que previamente a la llegada de la inteligencia artificial existieron cinco avances que sientan sus bases: la bilateralidad, el refuerzo, la simulación, la mentalización y el habla. En relación con el sexto avance refiere:

(...) por supuesto, no sabemos cuál será el avance #6, pero parece cada vez más probable que será la creación de una superinteligencia artificial; la aparición de nuestra progenie en silicio, la transición de la inteligencia –hecha a nuestra imagen– de un medio biológico a un medio digital (Bennet, 2024, p. 434).

La capacidad cognitiva del ser humano se encuentra limitada por la velocidad de procesamiento de las neuronas, las limitaciones calóricas del cuerpo y el tamaño de las restricciones sobre cuán grande puede ser un cerebro y aun así caber en un organismo de vida basado en carbono. Por estos motivos, Bennet considera que el sexto avance se hará presente cuando la inteligencia se libere de estas limitaciones biológicas. Esto nos lleva a considerar que un *hardware* más adecuado debería resultar condición necesaria para este desarrollo, apuntando a que el silicio será el responsable de la escalada en la capacidad de procesamiento de manera infinita (Bennet, 2024).

Más crudos resultan los vaticinios de sustitución tal como lo ha manifestado taxativamente Pacheco Martínez (2021), de acuerdo con su sentencia de que la inteligencia artificial es capaz de reemplazar al ser humano, o directamente los proyectos de transhumanismo (Bensayag y Pennisi, 2023) y poshumanismo (Tatulyan, 2023). En ese sentido, Joan Cwaik (2020) establece una serie de dominios en los que la inteligencia artificial puede aportar en el facilitamiento del trabajo humano. En las áreas de aplicación apuntadas se encuentran la industria (la IA

permitirá aumento de productividad, calidad y seguridad en los procesos industriales), los servicios (personales, de oficinas, médicos, metropolitanos, productivos y de seguridad social), la asistencia médica (planificación de operaciones y asistencia durante las operaciones), la educación, solo por enumerar algunas (Cwaik, 2020, pp. 234-247). Ahora bien, todas estas tareas resultan solidarias al ser humano, simplificando procesos, pero en ningún momento se habla de sustitución. Los debates sobre estas cuestiones deberían ser tomados por una agenda que existe pero que corre por detrás de los hechos (Rivero Weber, 2021). La innovación tecnológica permite leer en clave de oportunidades y amenazas lo que la inteligencia artificial nos depara: puede potenciar la capacidad humana, simplificando y permitiendo el desarrollo de proyectos que tiempo atrás eran tema de la ciencia ficción, pero también puede dejar en la obsolescencia ciertas ocupaciones que se podrían traducir en desempleo.

Conclusiones

Un chatbot puede hacer mucho más rápido y tal vez mejor que una persona, algunas o tal vez muchas cosas. Los avances tecnológicos son indudables y útiles: listas para el supermercado, informes, programas, planificaciones, basta darle la orden para que ejecute lo que en segundos se realiza. Ahora bien, si se considera en la posibilidad de que un chatbot pueda realizar la gestión de un área de una empresa, sea un CEO o presidente de un país, lo que en todos los casos implica toma de decisiones, antes de siquiera considerarlo estamos todos de acuerdo con que esas no son las funciones ni la utilidad de un chatbot. Hoy por hoy, estas decisiones son tomadas en último término por un ser humano. Esto incluye delegar en el chatbot la tarea de ejecutar o resolver. En este sentido, el último responsable es el humano, que es quien toma las decisiones, quien es el responsable de las tareas que debe realizar, o también de delegar en otras personas o en una máquina. Hoy no es posible concebir que un chatbot tenga capacidad de gestión. Este último planteo deja en evidencia, al margen del estado germinal de la inteligencia artificial, que las funciones que puede desempeñar no alcanzan la totalidad de las humanas, aunque con algunas de ellas podría generarse una sustitución de empleos humanos. Hace tiempo que para pagar boletos, hacer compras o hacer un *check in* no es necesario interactuar con humanos, lo que hace que gran parte de estas ocupaciones puedan ir menguando fuertemente. Pero si pensamos en instancias en las que se delega a la inteligencia artificial la toma de decisiones, una cuestión es hacer experimentos para averiguar cuánto se puede avanzar en ese sentido, pero otra muy diferente consiste en realizar diseños para que esto ocurra. Una vez más, estamos en la senda de

confundir lo que es posible desarrollar con las ansiedades y temores de quedar en la obsolescencia o el descarte.

La inteligencia artificial, los chatbots y las máquinas son artefactos inventados y desarrollados por el ser humano (aunque a muchos les gusta decir “creados”), que evolucionan de manera exponencial en sus capacidades de ejecución, dominio y control de tareas, que en muchos casos, efectivamente, pueden realizar mejor que los propios humanos. Queda en el ser humano elegir qué delegar y qué no, un exceso de confort podría inclinar al propio humano a reducir su espectro de acciones y posibilidades, volviéndose sustituible por la tecnología en función de una posible jibarización. El abuso de la tecnología puede atentar en contra de la iniciativa y la creatividad, reduciendo la dimensión de lo humano a su aspecto pragmático y funcional. Por el momento la inteligencia artificial se reduce a unas pocas funciones humanas, y pese al pronóstico de poshumanismo, no se avizora una mente artificial, aunque la singularidad tecnológica pareciera acechar. El reconocimiento del aporte tecnológico no necesariamente implica que esas capacidades ubiquen al ser humano en una condición de minusvalía. Debería evitarse la autorreferencia al momento de ponderar las capacidades de la inteligencia artificial, porque esto podría hacer que ubiquemos en una posición de relativa discapacidad. Sobre todo, porque el debate continúa tratándose de lo que el ser humano le hace hacer a la máquina. Cómo el ser humano pueda posicionarse en relación a la máquina para lograr el efecto más virtuoso, el de potenciar su capacidad constructiva, sería el camino más auspicioso, al menos en esta época.

De cara al trabajo de los psicólogos clínicos, la inteligencia artificial generativa no ha sido desarrollada aún de modo tal que los chatbots puedan interpretar como lo hacen los seres humanos. Lo referido sobre su falta de conciencia, flexibilidad, espontaneidad, etc., constituye hoy en día un abismo de diferencia con lo que un terapeuta pueda aportarle a una persona en su consulta psicológica.

Referencias

- Ball, P. (2020). *Cómo crear un ser humano*. Turner noema.
- Baudrillard, J. (2006). El éxtasis de la comunicación. En J. Habermas, J. Baudrillard, E. Said y otros (2006), *La posmodernidad* (pp. 187-197). Kairos.
- Bennet, M. (2024). *Una historia de la inteligencia. Los cinco avances evolutivos de nuestro cerebro que determinan el futuro de la inteligencia artificial*. Ediciones Urano.

- Bensayag, M. y Pennisi, A. (2023). *La inteligencia artificial no piensa (El cerebro tampoco)*. Prometeo.
- Cwaik, J. (2020). 7R. *Las siete revoluciones tecnológicas que transformarán nuestra vida*. Conecta.
- De Saussure, F. (2012). *Curso de lingüística general*. Losada.
- Eco, H. (2017). La sociedad líquida. En H. Eco, *De la estupidez a la locura. Crónicas para el futuro que nos espera* (pp. 9-11). Lumen.
- Eilenberger, W. (2023). *Tiempo de Magos. La gran década de la filosofía 1919–1929*. Norma.
- Gabriel, M. (2019). *El sentido del pensamiento. Pasado y presente*.
- Pacheco Martínez, J. A. (2021). La Inteligencia Artificial: ¿capaz de sustituir al ser humano? *Revista Neuronum*, 7(4), 33-36. <https://eduneuro.com/revista/index.php/revistaneuronum/article/view/364/447>
- Rivero Weber, P. (2021). *Introducción a la bioética desde una perspectiva filosófica*. Fondo de Cultura Económica.
- Sadin, E. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra.
- Tatulyan, M. (2023). *El posthumanismo o el exilio radical. Sobre el posthumanismo como abandono de fronteras*. Experimenta libros.